

Camila le siguió silenciosa, con la cabeza baja, volviendo á pasar anonadada y confundida el umbral que poco antes había franqueado rápida y terrible.

¡Qué pocas horas habían bastado para efectuar este cambio!

## EPÍLOGO.

ALLÁN DE CYNTHRY Á ANDRÉS D'ALBANY.

«Los Sauces...

»Querido Andrés : Vos sabéis toda mi historia, y servirá para haceros comprender lo que era y lo que he llegado á ser, y servirá también para instruiros en el carácter y la posición de vuestro amigo. Me lo habéis preguntado con franqueza, y os lo refiero con la misma que me habéis demostrado siempre. Por vos he vencido la repugnancia que causa siempre el hablar de una época de la vida en que se ha sido débil y culpable, y yo fui deplorablemente lo uno y lo otro. Pero yo no tengo mucho en cuenta, amigo mío, las repugnancias de la vanidad, porque creo que de todas maneras debemos nuestra vida á los demás hombres. ¿Quién sabe si en la vida más oscura, y en la más inútil en apariencia, no habrá puesto Dios alguna enseñanza grande y misteriosa ?

»Cuando, hace ya dos años, tuve el gusto de conoceros, Andrés, y me buscasteis con toda la fuerza de una simpatía, á la que debí corresponder con otra igual, so pena de ser digno de los más severos reproches, me creisteis, según me habéis confesado después, desgraciado á causa de un amor engañado ó desconocido; y vos, á quien el amor y el casamiento prodigaban sus dobles felicidades, me demostrasteis una adhesión que yo os agradecería hoy todavía, si no hubiese sabido muy bien que no siempre sabemos lo que hacemos al unir nuestros afectos.

»No os contuvo la extremada frialdad de mis maneras, y proseguisteis con ardimiento la amable investigación, hecha de buena fe, más elocuente que muchos servicios importantes, y que en los hombres como vos es una prueba más decisiva. Tal persistencia, y, sobre todo, las muchas y excelentes cualidades que en vos resplandecen, mi querido Albany; esa libertad de juicio que clasifica tan ampliamente los hombres y las cosas; esa rectitud de alma y esa sencillez tan fuerte que os dan, bajo vuestro frac y en medio de nuestra sociedad moderna, un carácter que tiene algo de la fisonomía de los varones ilustres de Plutarco, me hicieron responder gustoso á vuestras demostraciones generosas.

»Encontrámonos en París, en medio del mundo, y por una dichosa casualidad, las tierras

de Normandía, en que habitamos, se hallan muy próximas, y nos vimos casi todos los días, uniéndonos con una amistad viril, bastante escasa de palabras y ofrecimientos que residen en el fondo del corazón, y cuyo cimiento no se derruirá con la vejez.

»Hasta ahora, querido Albany, no conocéis de mí más que las opiniones tan variadas del mundo; y aunque las opiniones, en general, son el adorno de la vida, lo que es verdad de casi todos, está lejos de serlo con respecto á mí; y por esta causa, al principio, me creisteis desgraciado por el amor; y luego, conociéndome más, dudasteis de esa primera impresión al ver mi modo de expresarme acerca de ese sentimiento, que tan diverso os pareció de lo que esperabais; lo cual os ha parecido tan extraño, que, no sabiendo á qué ateneros acerca del valor de vuestras observaciones personales, habéis abordado la gran cuestión sin subterfugios y sin ambages, como tenéis derecho á hacerlo ha ya mucho tiempo, dada nuestra amistad.

»He vivido cuatro años por el corazón, y todos los sentimientos de esos cuatro os los he referido. Mi historia no tiene nada de nuevo, y hasta puede pareceros muy vulgar; pero os la he contado tal como ella es. Lo que no es tan común es Iseult, y yo me admiro de que, después de haberla amado con tanta idolatría, haya

llegado á amar á Camila; pero como el segundo amor ha perecido lo mismo que el primero, ahora que considero de lejos todo mi pasado, no puedo ver si la gran figura pálida de la madre, velada un instante por la hija que reapareció, no para conmoverme, sino para avivar mis recuerdos, podré creerme temerario el pensar que mi vida de corazón está concluída, y que las pasiones, saciadas y heridas de muerte, no tienen ya en mí poder alguno....

»Es verdad que no es eso lo que aquella profetisa me anunció antes de morir, aquella profetisa desconocida, cuyo terrible don de adivinación he reconocido más tarde. Me predijo que volvería á amar; pero indudablemente la engañó mi juventud. Ella había vivido más cuando la savia del sentimiento que por ella corría se secó al pié del árbol herido, y no imaginaba que yo pudiese ser á los veintitres años lo que ella no era todavía á los treinta. Había en esta precocidad algo que hacía mi infortunio más grande y más largo que el suyo, sin que ella pudiera preverlo.

»No era la vanidad del dolor lo que la hacía pensar de ese modo; pero, ¿no os parece, como á mí, que la desesperación exagera tanto como la esperanza? Ella no sabía que podía haber una vida devorada más pronto que la suya; la vida del que la veía morir.

»Debo confesároslo, Albany; su muerte tuvo sobre mí una influencia formidable. Tal vez hubiera vuelto á recobrar el gusto por las alegrías del corazón, y hubiese pedido á la juventud las ilusiones de que es tan difícil quererse curar, por más que algunas veces matan; pero los últimos instantes de Iseult han suprimido en mí hasta los apetitos más vagos que pudieran existir, sin darme yo cuenta de ello en lo más recóndito del corazón.

»Hasta entonces había sido un hombre apasionado, tan apasionado como aquella pobre mujer, que, una vez muerta la pasión, no había podido ser nada después. La oí preguntarme qué es lo que podría ocupar bien la vida, puesto que la bondad del alma, esa piedad que ella creía tan sublime, no le era suficiente para absolverse. Y yo no respondía á esa duda, á esa ignorancia, que con tanto encarnizamiento procuraba llenar el inmenso vacío en que se encontraba.... No le respondí, pero entreví algo.... Por la primera vez en mi vida sentí algo como la intuición del deber.

»Amigo mío, aquel día fué cuando llegué á ser un hombre. Pero aquella idea que germinó en mi alma al oír la voz desfallecida de Iseult, no se la expliqué, y guardé en mi alma la respuesta á aquella angustiosa pregunta, tantas veces repetida. ¿La hubiera comprendido si se la hu-

biese explicado? Y si por casualidad no la rechazaba con ceguedad, ¿no hubiera sido destrozada por ella como con un acero frío y cortante?... El mal era irremediable, y me callé, dejándola gritar y morir.

»Después me he reprochado esta conducta: en la duda de ser comprendido, debí evitarle un sufrimiento, y obré como ella había obrado toda la vida. Pero la moral no consiste, como se ha dicho, en no causar dolores, y muchas veces es bueno imponer algunos y hacer que corran las lágrimas. Nada es inútil ante Dios, y la vida no está tan sólo en nosotros, sino también en los demás, en todas partes; no se nos ha concedido la existencia más que para que la prodiguemos en asuntos nobles y desinteresados.

»He reflexionado después en esta noción del deber, que difundía su luz serena en la oscuridad de mi alma, como una antorcha en el lecho del moribundo. La separé de todo lo que no era ella, y resolví que fuera la que predominara en mi vida. ¡Oh, amigo mío, cuánta resistencia encontré, cuántas murmuraciones, cuánta sangre que corría con más precipitación en mis venas, y que yo había creído ya desecada!

»Los recuerdos hablaban alto, y los pesares más alto todavía. La sed infinita de felicidad reclamaba imperiosamente apurar la copa; pero avergonzado de mi culpable juventud, y no cre-

yendo ya en el amor, me encontraba con menos méritos que aquellos cuya lucha es continua y encarnizada, porque el vacío llenaba mi corazón.

»Jamás he podido olvidar nada: los piés que la lava ha abrasado, conservan huellas cuando se ha endurecido; pero en la lava de mi alma está el pié que arde, y su huella no se enfría jamás. Sabía muy bien que todo había concluído sin remedio. No hubiera querido que fuese de otro modo; y, sin embargo, volvían como á la carga en mi pensamiento todos los detalles de aquellos tiempos de una voluptuosidad ya pasada, por más que éstos no volverían nunca.

»Me habían dicho que he nacido poeta: lo cierto es que la imaginación es la única facultad que se ha desarrollado en mí, habiendo tenido que sostener con ella más de una batalla. Si esto es ser filósofo, acepto el título ó la injuria.

»Como todos los que han gustado del fruto del árbol de las pasiones; como todos los que han conocido los sueños embriagadores bajo ese manzanillo funesto, no me conmovía por ninguno de los fines exteriores de la vida, y respondía á todos los intereses de los hombres con una sonrisa de menosprecio. Pero no me faltaban deberes y sacrificios que llevar á cabo sin salir de mi casa. Dios me había concedido dos hijas.

»Amigo mío, que se exagere ó no su poder,

el hombre no es más que uno , y por consecuencia la esfera de sus deberes muy estrecha. Yo tenía dos hijas: pensé en su porvenir, y me consagré á ellas; y creed que es cosa penosa, y tiene mucho en qué entender, el educar mujeres cuando se quiere evitarles el escollo en que han ido á estrellarse sus madres.

»Un hombre se educa bien solo; pero si hay alguna verdad común, es que la mujer tiene una sensibilidad mayor, y menos medios que el hombre para resistir á ella. La sociedad, hecha por los hombres, las lanza indefensas entre todas las armaduras, contra las que se abrazan con la infinita ternura de sus almas, y que las hieren y anonadan. ¡Ah! Las costumbres sólo cambian de traje. Tal es la tarea que me he impuesto, amigo mío, yo que no tengo que hacer la felicidad de nadie en este mundo, donde voy á vivir el resto de mis días.

»Si, como decía Iseult, ceso de amar á las hijas como dejé de amar á las madres, la idea del deber me impedirá separarme de ellas como lo hizo la Condesa, y mis hijas Juana y María encontrarán siempre en mí á su padre, ya sean sus caricias caras á mi corazón, ya le sean indiferentes por completo.

»En cuanto á mi mujer, ¿qué puedo hacer por ella? Ni aun mentirla, porque no me creería; y, por otra parte, he jurado ante Dios ser

fiel y sincero, y si el primer juramento era impío, el segundo no lo sería, porque el hombre puede ser verdadero, y la obligación de toda su vida, suscrita solemnemente una vez más, es permanecer sincero con Camila para expiar de este modo mis antiguas falsedades.

»Desde la muerte de su madre, el último día que tuvo de celos implacable, su carácter apasionado, su alma impetuosa, se han doblegado. Yo mismo no esperaba un cambio tan radical. La dejé replegarse en sí misma, y llevé mis días ocupándome de Juana (la hija de Iseult), que ya no tenía madre, cuando la hija de Camila la tenía todavía. Era cruel, lo sé; pero tenía deberes que cumplir para con mi hija; era cruel, Albany, pero tal vez obrando de un modo diverso lo hubiera sido más todavía.

»Tiemblo, mi querido Andrés, al descubrir los amargos misterios de mi interior, el aislamiento en el matrimonio, el amor herido que quiere ó se devora en silencio, y la miserable sensación que se experimenta en presencia de los tormentos que causamos, que se redoblan en lugar de contenerse. Deseo que ignoréis siempre estos detalles áridos; que el destino sea siempre el mismo de ahora, tanto para vos como para el corazón que se os ha unido. ¡Que vuestra adorada Paula, á la que habéis dado vida por vida, no tenga que sufrir jamás las penas de Camila!

¡Que no llegue á conocer los dolores que la desdichada oculta! Ahora comprenderéis por qué no ha respondido con entusiasmo á las nobles ofertas de vuestra amable esposa. Es una mujer dichosa, y, por tanto, es casi una enemiga. ¡Así somos todos cuando sufrimos!

»Si se decidiese á ir á veros á vos y á Paula, es seguro que la vista de vuestra felicidad doméstica volvería á sumirla en las más crueles angustias. Yo mismo, que no amo ya, y que me esfuerzo en ser austero, cuando voy á veros no puedo dejaros sin experimentar alguna turbación. Hay en la unión del matrimonio, en la contemplación más ligera de las apariencias de un amor dichoso, alguna cosa que habla á los deseos engañados con un lenguaje elocuente y sagrado.

»No hay un detalle que no sea terrible, ni uno que no sea ocasión de dolor. En vuestra casa, Albany, todo es puro, todo es sereno, todo respira la paz en la ternura, todo se armoniza con vuestro amor. Cuando me aproximo y franqueo el umbral de vuestra puerta, me parece que el cielo es más azul y el aire más dulce que en el castillo de los Sauces. Esa casta y elegante morada es tan sencilla, tan pequeña, tan graciosa, que el corazón se ensancha al llegar á ella, y se previene para ser dichoso.

»Todo eso es bastante para que la pobre Ca-

mila experimentara un sufrimiento quizá superior á sus fuerzas. Excusadla, pues; ya habréis adivinado que es muy digna de lástima, puesto que su aire sombrío lo dice todo. Este invierno en París, en algunas reuniones á que fui, y donde la habéis encontrado, tenía una actitud triste, como si hubiera temido que se leyera en su alma. ¡Qué contraste forma con vuestra mujer, ella con su palidez verdosa y sus arrugas prematuras, y Paula con su blancura dulce, sus cabellos de oro, formándose un nimbo glorioso alrededor de su cabeza! ¡Y cuánto me ha hecho pensar el mirarlas en la desigualdad de los destinos, sin poder comprenderlo!

»Pero os lo confesaré, querido amigo. Esa generosidad que ofrece sus altos y sus bajos, sus buenos y malos días, no tiene en mi vida el mismo imperio que la piedad en la de Iseult. En esto el hombre es inferior á la mujer. ¿Y quién sabe si hubiera yo sido capaz de ella antes del parto de Camila y del cambio que se verificó en ella en esa época?

»Me dió una hija, á quien puse el nombre de María, y que se asemejaba extraordinariamente en las facciones y en todo á la hija que había tenido de Iseult. De esta semejanza admirable podéis juzgar vos mismo, porque los diez y ocho meses que acaban de pasar la han precisado más. Dos gemelos no se parecerían más que es-

tas dos niñas, y fácilmente se las confundiría una con otra, sin una señal de la naturaleza que no ha querido que pudiéramos equivocarnos, haciendo nacer á la hija de Iseult con los cabellos blancos, señal que ha dejado en su frente la vejez de su madre.

» Se había creído que con el tiempo cambiarían de color; pero los largos y sedosos rizos que ahora la adornan son blancos como el primer cabello. Cuando Camila vió por primera vez en aquella pobre cabeza inocente aquellos cabellos terriblemente acusadores, que tan dolorosos recuerdos le traían á la memoria, la infeliz volvió la cabeza con un horror convulsivo, conservando este sentimiento por mucho tiempo.

» Al fin un día,—no sé qué terrible esfuerzo no tendría que hacer,—ha llegado á vencerle. Estoy seguro que nunca habréis notado, ni vos ni vuestra Paula, que Camila besara con menos ternura la cabeza blanca que la dorada; nunca habréis conocido la menor diferencia en las caricias que prodiga á las dos por igual; nunca habréis podido sorprender, ni aun sospechar, el misterio de un nacimiento que hemos podido ocultar al mundo, que no hubiera dejado de insultarle....

» ¡Camila, la demasiado celosa Camila, á pesar del amor que hacia mí conserva todavía, no se ha desmentido una sola vez!

» Querido Albany: no podréis menos de convenir conmigo en que esto se debe á la piedad que nacía en ella, la piedad heredada de su madre, la piedad, más fuerte que su amor, que tal vez muera dentro de poco: esa piedad inagotable, que cuando todo ha muerto en el corazón de la mujer, tanto sentimiento como pasiones, permanece y vive perpetuamente en él, como la única cosa que nunca puede morir.»

FIN.